

# La Selección

Quedaba media hora para el taller, y su mesa seguía repleta de objetos. Amontonados, yacían como un ejército en plena derrota, acusándola de desertora.

Ariadna miró las estrellas e intuyó que elegir el objeto más significativo de su vida no sería tarea fácil. Demonios, aquel taller de Conjuros Básicos empezaba a volverla loca.

Indecisa e imprecisa, su mano se dirigió hacia la pulsera de colores. Su hija se la regaló el día de la madre y nada más tocarla, las cuentas se convirtieron en besos que terminaron estampándose contra el cristal de la ventana. Un objeto menos, pero cuando se enterara su hija la quemaría en una hoguera.

Una piedra negra y arisca llamó entonces su atención: era un pedacito del volcán Momotombo, recuerdo de sus locos años de juventud. Pensó que quedaría muy exótico entre la trascendente y esotérica caterva de objetos de sus colegas, pero tan pronto su dedo sintió la aspereza de la piedra se evaporó en un nube tan negra como ella.

Un frasco de perfume, que la elevaba a orgías y akelarres pasados, se disolvió en alas de mariposa dejando un polvo dorado esparcido por su vestido; la boina de su amiga Minerva, que la había protegido en alguna persecución, quedó reducida a cabellos de viento, y el libro de Poemas Satánicos voló como un cuervo asustado por el hueco de la chimenea.

Desesperada, contempló como uno por uno sus objetos queridos quedaban reducidos a meras sombras. Y pensando en la directora del taller, que a pesar de su soleada cabellera tenía pinta de experta hechicera, empezó a considerar la posibilidad de no pasar la prueba.

Advirtió entonces que en un extremo de la mesa iluminado por la luna, lucía tímidamente un pequeño estuche azul. En su interior acolchado e impecablemente blanco se albergaba algo brillante y doloroso: los pendientes que su padre regaló a su madre el día que fue encarcelado. Su madre a su vez se los había dado a ella antes de morir, con la recomendación de guardarlos para siempre como un secreto de familia. ¡Qué romántico objeto, qué tremendo provecho sentimental podría obtener! ¡Qué pocimas de amor, qué jugos curativos! ¡Sus colegas quedarían alucinados, anonadados, deslumbrados! Era, efectivamente, lo que estaba buscando.

Cogió la cajita con cuidado, y se dispuso a meterla en su bolsa, cuando de repente empezó a pesar de una manera tan insoportable que sus manos no pudieron evitar que se empotrara contra una de las losas azules del suelo. Allí hizo un agujero que atravesó el piso, cayendo a la habitación de abajo, cuyo piso volvió a agujerear. Después de repetir el trayecto a través de varias alturas de la casa, el pequeño estuche atravesó entonces los cimientos del edificio y recorrió la tierra hasta que llegó al cementerio, donde zigzagueando por el subsuelo encontró su destino: otra caja azul cuyo interior acolchado e impecablemente blanco albergaba unos restos resplandecientes de amor y brillos fatuos.

Ariadna suspiró. Tal y como habían pronosticado las estrellas, aquel no era su día.

